

El árbol que no crecía

Inspirado en Dalai Lama

Escrito por Sundeep Parmar



PEQUEÑAS LLAVES
al Universo



LITTLE KEYS TO THE UNIVERSE

El árbol que no crecía



Inspirado en Dalai Lama
Escrito por Sundeep Parmar

DEDICADO A

Ria & Mia



Grandes lecciones. Pequeñas historias.



• • •

El universo guarda muchos secretos, esperando ser desbloqueados por quienes tienen la llave correcta. La llave de esta noche nos lleva a un prado tranquilo, donde la conexión y el cuidado transforman lo pequeño en algo fuerte. Esta historia está inspirada por el Dalai Lama, un sabio maestro que nos recuerda que la bondad, el amor y el sentido de pertenencia ayudan a todos los seres vivos a florecer. Cuando nos sentimos vistos, apoyados y seguros, comenzamos a crecer—no solo en cuerpo, sino también en espíritu. Entremos ahora al prado, donde una pequeña arbolita está a punto de descubrir lo poderoso que es estar enraizado en el amor. Tula era un arbolito diminuto en medio de un amplio prado susurrante. Tenía una sola rama delgada, unas pocas hojas temblorosas, y un tronco tan frágil que se tambaleaba con cada brisa. A su alrededor se alzaban árboles altos y orgullosos. Sus troncos eran gruesos. Sus hojas brillaban. Pájaros cantaban en sus ramas. Ardillas saltaban de rama en rama. Tula se mantenía baja. Apenas crecía.



...

Miraba hacia los árboles a su alrededor y susurraba: “¿Qué está mal conmigo?” El sol la calentaba. La lluvia besaba sus raíces. El viento le cantaba nanas. Pero aun así, Tula seguía pequeña. “Tal vez no estoy hecha para crecer alta,” suspiró una mañana. “Tal vez soy un árbol-nada.” Un escarabajo que pasaba miró hacia arriba con amabilidad. “Creo que eres encantadora,” dijo.



...

Pero el escarabajo siguió su camino. Un conejo se detuvo cerca de sus raíces. “No te rindas,” ofreció. Pero pronto también se alejó saltando. Tula intentó sonreír. Pero en el fondo, se sentía... sola. Una mañana fresca, mientras una manta de niebla envolvía el prado, un viejo árbol de corteza plateada y raíces cubiertas de musgo llamó con dulzura:



...

“Pequeña... tus hojas se ven tristes.” Tula alzó la vista.
“Siempre se ven así.” El viejo árbol susurró suavemente. “Te he estado observando. Lo intentas. Buscas el sol. Estiras tus raíces. Pero algo te falta, ¿verdad?” Tula asintió. “Creo que sí. Pero no sé qué es.” La voz del árbol era cálida, como el sol sobre la corteza. “Has estado intentando crecer completamente sola.” Tula frunció el ceño. “¿Acaso no estamos todos solos aquí afuera?”



...

El viejo árbol agitó sus ramas suavemente. “No del todo. Los árboles se hablan a través de sus raíces. Enviamos señales, compartimos alimento, nos reconfortamos cuando vienen las tormentas. Para eso es la red subterránea.” “¿La qué?” “La red familiar,” dijo. “Las raíces bajo las raíces. Todos estamos conectados—aunque no lo veamos.” Esa noche, el prado se volvió quieto. Las estrellas asomaron y el viento guardó silencio. Tula escuchó. Bajo la tierra, donde los ojos no alcanzan, algo se movía. No era lluvia. No era viento. Era un ritmo. Un latido. Un suave murmullo de conexión viajando de raíz en raíz—como el amor viajando en líneas secretas. Tula extendió sus raíces, con timidez.



...

Una raíz... luego otra... tocaron las suyas. Calor llenó su tronco. Una sensación para la que no tenía palabras. Decía: No estás sola. Pasaron los días. Luego semanas. Las hojas de Tula se alzaron. Su tronco se hizo más firme. Sus raíces se hundieron más profundo. Soltó una risa cuando un pájaro aterrizó en su rama.



...

Sintió alegría cuando el viento le hizo cosquillas en las hojas. No intentó ser el árbol más alto. No comparó su corteza ni se estiró más de la cuenta. Solo creció—silenciosa, plena, hermosa. Porque ahora, se sentía conectada. Apoyada.



...

Sostenida. Un día, un nuevo arbolito brotó cerca. Sus hojas temblaban. Su tronco se doblaba con el viento. Su voz susurraba: “No creo que pueda crecer.” Tula sonrió con dulzura. Extendió una raíz.



...

Y susurró de vuelta: “No tienes que hacerlo sola.” Y así, Tula la pequeña arbolita aprendió que crecer no viene de esforzarse más o estirarse más alto—viene de sentirse amada, segura y vista. Creció no porque tuviera el mejor sol o las raíces más profundas, sino porque finalmente se permitió ser parte de algo más grande. La verdadera familia no es solo con quien nacemos—son quienes alimentan tu espíritu, quienes sostienen tu tormenta, quienes te recuerdan que no eres un “árbol-nada.” Cuando estamos rodeados de amor, crecemos más fuertes. Y cuando ofrecemos ese amor a los demás, ayudamos a que todo el bosque se eleve. Esta historia está dedicada a Ria, a Mia y a todos los pequeños soñadores del mundo.



LA PEQUEÑA LLAVE

...

Incluso cuando te sientes solo, hay raíces
extendiéndose hacia ti bajo tierra.



ISÓ CUANDO TE SIENTES SOLO, HAY RAÍCES EXTENDIÉNDOSE HACIA TI BAJO TI

Un arbolito que no quiere crecer aprende que nunca tuvo que crecer solo — sus raíces están conectadas con todos. Un tierno cuento para dormir sobre la pertenencia.

Para niños que se sienten excluidos — un recordatorio de que están más conectados de lo que creen.

Grandes lecciones. Pequeñas historias.

• • •

📷 @littlekeyuniverse 📺 @littlekeyuniverse 🌐 lkuniverse.com

